



VÍCTOR ALEJANDRO PAYÁ Y PEDRO ALBERTO BRACAMONTE (COORDS.)

Hombres y mujeres de blanco. Un estudio socioantropológico de un hospital de urgencias médicas

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN
UNAM: JUAN PABLOS EDITOR.**

AÑO: 2019

PÁGINAS: 392

ISBN: 978-60-73-02117-3

MARCELA MENESES / INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Reseña

La etnografía no tiene contrato de exclusividad con la antropología, y la sociología así lo ha demostrado desde hace varias décadas. Basta remitirnos a los estudios urbanos de la Escuela de Chicago, que llevaron a las y los sociólogos a las esquinas y a las banquetas hace ya más de un siglo, o al interaccionismo simbólico de la década de los 60, a los estudios encabezados por Pierre Bourdieu, como el de *La miseria del mundo* de los años 90, y más recientemente a los estudios etnográficos sobre violencia realizados por sociólogas y sociólogos en muy diversas ciudades y regiones de México, para comprobarlo.

Simultáneamente, también en México existe un equipo de sociólogas y sociólogos encabezado por Víctor Alejandro Payá —profesor investigador de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México—, haciendo «sociología etnográfica» al interior de las instituciones que posiblemente hemos pisado, pero de las que se antoja salir lo antes posible: cárceles, psiquiátricos y, en ocasión del texto que nos ocupa, en un hospital de urgencias médicas. Solo que este equipo de sociólogos no es de los que huyen, sino que se asientan en las instituciones con el fin de conocerlas y comprenderlas desde adentro

y con ello desentrañar, para las y los lectores, su operación y funcionamiento, que siempre resulta crítico desde la mirada externa.

Hombres y mujeres de blanco es el resultado de una investigación etnográfica de casi cuatro años que tuvo por objetivo adentrarse en un hospital de urgencias médicas —el Hospital General Doctor Rubén Leñero, fundado en 1943 y llamado así en reconocimiento al médico que atendió a León Trostky tras el ataque mortal recibido— para observar, problematizar, analizar sociológicamente y describir la vida cotidiana de un hospital público, de atención masiva, especializado en Ortopedia, Medicina Interna, Cirugía general, Cirugía plástica y reconstructiva, Quemados y Bariatría, ubicado en una zona de alta conflictividad social de la Ciudad de México y carente, como todo el sistema público de salud del país, de muchos de los insumos básicos para atender a la numerosa población que le demanda.

Si bien en un acercamiento etnográfico infinidad de aspectos resultan pertinentes para su indagación, el equipo decidió enfocarse en la enseñanza y aprendizaje de la práctica médica, o en palabras más sociológicas, en la formación del *habitus* de los médicos residentes que aspiran a convertirse en cirujanos, oficio que, como cualquier otro, solo se adquiere y se perfecciona en el ejercicio práctico, en este caso, dentro de un hospital, y cito: «*La práctica de la medicina está mediada por la dinámica hospitalaria, por su normatividad protocolaria, por la división espacial de funciones y por una infinidad de rutinas, procedimientos y actividades informales que sobredeterminan dicha práctica; es decir, el trabajo de los médicos está mediado por las relaciones burocráticas y de poder, así como por una serie de implicaciones emocionales que afectan a todos los actores involucrados*».

Así transcurre el texto: en un análisis que va de lo dicho a lo no dicho, de lo formal y establecido institucionalmente en documentos y reglamentaciones a la práctica velada y muchas veces más eficiente que hace que funcione la institución, de las autoridades y los médicos responsables a los médicos residentes con sus respectivos subniveles, sin omitir a los administrativos, enfermeras, policías, intendentes, pacientes, familiares, con sus papeles principales, pero también con sus gestos cotidianos (risas, deferencias, coqueteos, bromas, inconformidades, malos entendidos, confrontaciones, regaños, errores) que constituyen toda vida en sociedad.

De tal suerte que el libro se compone de cinco capítulos. El primero, sobre la «Dinámica y vida cotidiana dentro del hospital», contrasta los órdenes y las reglamentaciones formales frente a los órdenes informales que hacen posible la operación práctica del hospital; por ejemplo, la diferenciación de áreas y objetos por medio de colores, la distinción entre

estudiantes médicos residentes —340 por año— según nivel de aprendizaje, y con ello, de responsabilidades, o el intercambio de *dones* entre médicos de distintos hospitales con el fin de sortear juntos las carencias para conseguir lo necesario en la atención a los pacientes.

El segundo capítulo, «La construcción social del paciente», refiere a las personas que demandan la atención de este hospital y que se caracterizan por sus condiciones de pobreza, precariedad, y en no pocos casos, de violencia, pues al tratarse de urgencias médicas es común que lleguen heridos con riesgo de muerte, máxime por su ubicación en una zona popular. Los autores señalan que los pacientes no son entes neutrales; en el cuerpo y en la afectación conllevan el sello de su condición social y de clase, pero, más aún, los médicos tampoco son ajenos a las emociones que les provocan los pacientes, por ejemplo, al tener que atender a un niño o salvarle la vida a un criminal. En todos los casos, la historia clínica se entrelaza con la trayectoria social del paciente, y eso genera emociones en los médicos que luchan por anteponer la ética médica a su subjetividad.

El capítulo tres, «La carrera del residente médico: formando el carácter», aterriza en el objetivo principal del texto, esto es, en la formación del *habitus* médico entre los residentes que aspiran a convertirse en cirujanos, lo cual implica enseñanza, aprendizaje, incorporación del oficio a través del moldeamiento del cuerpo de los estudiantes. El control del sueño es fundamental para cubrir las guardias. Disciplina, obediencia, premios, castigos, bromas acompañan toda transmisión de conocimiento, y esta no es la excepción. Los sacrificios realizados al abandonar toda vida social para sumergirse en la boca del hospital se ven recompensados, a veces, por la convivencia y hermandad que se genera ahí dentro, con los pares, en las pequeñas fugas con sexo, pastillas y alcohol que ayudan a sobrellevar el cansancio, pero que tendrán su recompensa si se someten y aprenden lo necesario.

Especialmente en «El taller y el quirófano», como se titula el capítulo cuatro para referir al epicentro donde tiene lugar la transmisión del oficio. Es en el quirófano en donde los residentes observan a los médicos poner en práctica la profesión y este último les guía con la palabra y con el cuerpo. Es ahí donde los residentes son sometidos a evaluación constante, donde emiten diagnósticos, tratamientos, respuestas rápidas, donde atinan a actuar y a responder, pero también donde más se equivocan, porque cómo aprendemos si no es a través del ensayo y del error. Este pasaje hace evocar aquella creencia de que un buen médico apenas te mira sabe lo que tienes y cómo curarte. Así son los médicos observados por los residentes en el quirófano, envueltos en el velo de la autoridad que brinda la experiencia. «*Lo que nos convierte en orfebres, es que*

aprendemos a ver con las manos, yo veo con las manos», dice un cirujano ortopedista a los autores, y es que ese conocimiento no se suplente con los análisis clínicos y no se alcanza si no es con base en la experiencia de vida.

Y como en toda vida hay muerte, acá se hace más fehaciente que en ningún otro objeto de estudio. Por ello, el último capítulo, «La organización institucional de la muerte», nos lleva al punto final de la atención de un hospital de urgencias médicas, después de que los médicos intentaron todo por salvar una vida que termina en muerte, pero que aun así sigue siendo útil para el aprendizaje académico, pues de un cuerpo aún inerte se aprende sobre su funcionamiento, sobre el desarrollo de una enfermedad, sobre las causas de un deceso, sobre cómo abrir un cadáver para hacerle una autopsia, dónde están colocadas cada una de nuestras piezas, de qué color son, a qué huelen, cuánto pesan, dónde embonan nuestros huesos unos con otros. En esta última fase de la atención, el hospital se vincula con el Instituto de Ciencias Forenses de la Ciudad de México (INCIFO), sobre el cual también hay un apartado en este texto.

En suma, la obra es el perfecto trenzado entre el *dato empírico*, conformado por 42 testimonios recogidos en entrevistas a profundidad y conversaciones informales con médicos, administrativos, custodios, policías, familiares, pacientes, funcionarios, intendentes, jubilados, proveedores de materiales; la *imagen* (3.000 fotografías tomadas dentro y fuera del hospital y al interior del quirófano mientras los médicos, residentes y enfermeras intervenían los cuerpos, además de memes y material gráfico recuperado de redes sociales); y el *análisis* socio-antropológico, siguiendo los pasos de Pierre Bourdieu, Richard Sennett, Erving Goffman, René Lourau, entre otros.

Se trata de una extraordinaria etnografía institucional realizada por un equipo de sociólogos mexicanos, quienes, con mucha paciencia y compromiso, lograron ganarse la confianza de los habitantes —en amplio sentido— de un hospital de urgencias médicas para *comprender* el sentido de la acción situada de quienes le dan vida, sin anteponerle el reclamo tan en boga actualmente de su necesaria utilidad para solucionar, incidir, transformar, denunciar, lo que desde la mirada externa y soberbia del investigador debería ocurrir. Asimismo, contraviene la prisa por publicar. Cuatro años de observación permanente en campo —uno de ellos nada más para convencer a los médicos de que les permitieran el acceso al quirófano— en días y horarios diferenciados, con cámara, grabadora y diario de campo en mano, habla de un compromiso sincero por parte de los investigadores, quienes a su vez poco hablan en el texto de sus propias implicaciones emocionales y morales al ver, oler, escuchar, sentir y foto-

grafiar la enfermedad y la muerte. Ojalá en otro espacio elaboren un ejercicio de autorreflexividad al haber realizado esta investigación.

Finalmente, esta obra es para los sociólogos el símil del quirófano para los médicos. Por su conducto, Payá transmitió al equipo que encabezó el *habitus* sociológico por medio del ejercicio práctico de la investigación en campo. ¿Qué observar, cómo y cuándo preguntar, qué registrar, qué fotografiar, cómo sortear los errores? Son solo algunos de los tantos aspectos que se enfrentan antes, durante y después de la observación etnográfica, pero que solo aparecen haciéndola, en el campo, en interacción con los sujetos de nuestras indagaciones. De Payá yo misma aprendí las bases de la mirada sociológica durante mis estudios de licenciatura, por ello le agradezco profundamente sus enseñanzas y, sobre todo, le agradezco que no ceje en la formación permanente de nuevas generaciones de sociólogos etnógrafos que muy bien sabemos hacer lo nuestro.

Hombres y mujeres de blanco es un texto imperdible de principio a fin. Doy fe.